

Espiritualidad y espiritualidades

Ricardo Barbosa de Souza

Buscando una definición

La espiritualidad es el tema de la agenda religiosa en este cambio de milenio. En todos los encuentros, debates y discusiones ella está presente. No apenas en el universo teo-lógico, sino también cultural, empresarial, económico, etc. Todos conversan sobre el asunto, hablan de sus experiencias, describen su momento espiritual. Las empresas se pre-ocupan con el estado espiritual de sus ejecutivos; cursos y ponencias son ofrecidos, libros y revistas especializados en el asunto surgen cada día. Pero, como dice el Rev. Eugene Peterson, cuando todos sus amigos comienzan a conversar sobre el colesterol, comparando tablas, intercambiando consejos, sugiriendo remedios y té, usted luego percibe que eso es una mala señal, alguna cosa no está bien. De la misma forma, cuando vemos u oímos mucha gente conversando o leyendo sobre

espiritualidad, nos lleva a pensar que el alma de nuestro pueblo no anda bien, está enferma.¹

Como se trata de un tema amplio, primeramente pensé en abordarlo a partir de las innumerables expresiones de espiritualidades en nuestro continente, como la espiritualidad indígena, pentecostal, católica, reformada, carismática, neopentecostal, etc. Pero, considerando la naturaleza de la convocatoria de este Cuarto Congreso Latinoamericano de Evangelización (CLADE IV), opté por mirar este tema de forma más abarcadora, considerándolo como parte de un pro-ceso teológico y cultural característico de una sociedad en transición.

Antes que nada, es bueno recordar que cuando hablamos de espiritualidad no nos estamos refiriendo sólo a la obra del Espíritu Santo, sino también a los movimientos del espíritu humano en búsqueda de identidad y significado. En este sentido, podemos hablar de espiritualidades. No se trata de una realidad sino de varias, con expresiones y formas diferentes.

Tal vez nunca vivimos en la historia un período tan marcado por la búsqueda de lo sagrado y por una apertura espiritual como vivimos hoy. Esto se ve más acentuadamente en la cultura occidental que durante cuatro siglos se vio reprimida por la dictadura racional. El racionalismo determinó el sentido y el significado de la realidad humana y cualquier expresión que no pudiese ser definida por la lógica de la ciencia era considerada falsa. Lo que vemos hoy no es otra cosa sino una revolución del espíritu humano protestando contra la represión que vivió sobre la bota del iluminismo.

¹ Peterson, Eugene H., *Subversive Spirituality*, Regent College, Bookstore, 1994, p. 15.

La segunda mitad del siglo 20 fue marcada por varias rebeliones y protestas. El movimiento *hippie* de los años 60 y 70 que protestó contra la represión sexual, la guerra de Vietnam, el consumismo, levantando la bandera del amor libre, el uso de las drogas, la quiebra de preconceptos y tabúes. El movimiento feminista luchó por los derechos de las mujeres, contra una sociedad machista que no sólo oprimía a las mujeres sino también imponía un modelo social masculino. En el campo político tuvimos la *perestroika* y la *glasnost*, la caída del muro de Berlín, el colapso de las estructuras políticas totalitarias y el surgimiento del neoliberalismo y la economía globalizada. La ecología también conquistó su agenda llevando la sociedad moderna a reconsiderar la naturaleza como fuente de vida y no sólo una usina inagotable de riquezas provocando en algunos segmentos sociales un nuevo panteísmo. El surgimiento de libros de autoayuda y el descubrimiento de la inteligencia emocional abrió un nuevo espacio en los centros que hasta hace poco tiempo atrás eran dominados por los tecnócratas. En el mundo evangélico tuvimos la renovación carismática de los años 60, el movimiento de la música *gospel* al final de los años 80 y 90, y el surgimiento de las iglesias neo-pentecostales o pos-pentecostales con las promesas de salud y prosperidad.

Todas esas son manifestaciones de protesta del espíritu humano y la protesta tenía una dirección: la opresión del totalitarismo racional. La cultura moderna generó un espíritu moderno que consideraba como verdadero solamente aquello que podía ser comprobado científicamente y comprendido racionalmente. La protesta nos vino a decir que existe una verdad más profunda que la lectura superficial del racionalismo impersonal. Era esto

que Pascal protestó cuando dijo que «el corazón tiene razones que la propia razón desconoce»; fue también lo que la revolución psiconeuroteológica iniciada por Freud al final del siglo 19 quiso mostrar.

El desafío de la cultura moderna a la espiritualidad cristiana

La Reforma Protestante anclada en el Renacimiento y posteriormente en el Iluminismo trajo, sin duda, una gran contribución al avance teológico para el cristianismo. Liberó a la iglesia de la opresión de la ignorancia y de la superstición del final de la Edad Media. El desarrollo de una teología sistemática dio sustancia a una fe y a una comprensión más adecuada de la experiencia espiritual. Con todo, la exigencia de una fe articulada racionalmente acabó reprimiendo los deseos del espíritu y dio a la teología sistemática el honroso título de «reina de las teologías». Conocer a Dios implicaba dominar los dogmas de fe. El conocimiento pasó a ser un atributo exclusivo de la razón. Mientras en los primeros siglos de la era cristiana, tanto para los padres de la iglesia como para los padres del desierto, el conocimiento y la relación personal² eran inseparables, para la era moderna se tornaron cosas distintas.

Para los padres de la iglesia, conocer a Dios implicaba amarlo. La teología y la oración no eran tareas distintas. En el período pre-moderno, no vemos una separación

² Nota del traductor: Traduzco como «relación personal» la expresión en portugués «*relacionamento*», inexistente en castellano. Denota la idea de un compromiso personal.

acentuada entre el conocimiento y la relación personal. Gregorio el Grande, en el siglo 6, afirmaba que «el amor es conocimiento». Si echamos una mirada a las obras de Ireneo y Orígenes del segundo y tercer siglo, Agustín y los hermanos de Capadocia en el cuarto siglo, Benito y Gregorio del sexto; Simeón, el nuevo teólogo del décimo siglo, Bernardo de Claraval y Ricardo de San Víctor del duodécimo, Buenaventura del décimo tercero y Walter Hilton del decimo-cuarto, vemos que para todos ellos, el conocimiento y el amor, la teología y la relación personal eran la misma cosa. Su teología no era otra cosa que su propia experiencia con Dios. *Las Confesiones* de San Agustín, las *Reglas monásticas* de Benito de Nurcia, el *Cuidado pastoral* de Gregorio el Grande, las *Oraciones* de Simeón, los comentarios de Cantares y otros escritos de Bernardo, todos eran expresiones de su fe personal, de su amor por Dios, de su vida de oración. No había divorcio entre la teología y la espiritualidad. Evagrius Ponticus, del siglo 4, afirmó que «orar es hacer teología». La teología emergía de la oración. No eran diferentes.

El divorcio entre la teología y la espiritualidad surge al fin de la Edad Media con el escolasticismo. Si, por un lado, Gregorio afirmaba en el siglo sexto que el amor es conocimiento, ahora, Tomás de Aquino en el siglo décimo tercero distinguía el conocimiento de Dios que surgía del amor y relación con él, de aquel que era propiamente científico y dogmático. A partir del siglo 16 y 17 vemos que la separación de la teología de la vida gana espacio en la medida en que ella se torna cada vez mas subdividida. El Iluminismo generó un nuevo tipo de teólogo: aquel que nunca oró.

Llegamos al final del siglo 20, después de dos guerras

mundiales y muchos otros conflictos de naturaleza política, económica y étnica, con un sentimiento de fracaso, vacío y descreencia para con los modelos políticos y teorías racionales. Surgen en este contexto varios movimientos espi-ri-tuales, muchos de naturaleza esotérica, buscando aquello que las grandes ideologías racionalistas fallaron en proporcionar al ser humano. Es en este contexto que el cristia-nismo enfrenta su gran desafío. Por un lado, está el desafío teológico, de preservar fundamentos, echar las raíces, construir las bases. Por otro lado, el desafío espiritual de consi-derar las demandas y deseos del espíritu, el lugar y significado de la oración y de la relación personal con Dios. Según el Prof. James Houston, tenemos el desafío de buscar una teología más espiritual y una espiritualidad más teológica.

Una teología más espiritual

Precisamos de una teología que nos despierte a una relación personal y verdadera con Dios. En otras palabras, una teología que nos señale el camino de la oración, que sea más personal y afectiva, y no sólo académica. Es lamentable constatar que muchos estudiantes que entran a un seminario motivados por un profundo amor a Dios y deseo de servirlo, después de cuatro años o cinco de estudios, salen orando menos, afectivamente más atrofiados y más limitados en su capacidad de relacionarse. Una teología que no nos motive a la oración, ciertamente no cumple con su papel.

Dios nos llama para participar de la eterna comunión que el Padre, el Hijo y el Espíritu gozan. Jesús nos presenta

esta invitación en su oración sacerdotal cuando suplica:

Para que todos sean uno. Padre, así como tú estás en mí y yo en ti, permite que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno. (Jn 17.21-22 *NVI*).

Esta relación es la primera y última razón de la teología. Todo el esfuerzo de la iglesia, toda la labor teológica, toda la eficiencia del discipulado debe, en última instancia, conducirnos a la comunión trinitaria. Cuando preguntaron a Jesús cuál era el mandamiento más importante de todos, su respuesta apuntó a una dimensión relacional y afectiva: «Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos». Este era el fin de la teología, la razón de ser de los mandamientos y los profetas. El apóstol Juan nos da una respuesta más simple y al mismo tiempo profunda sobre el conocimiento de Dios. Al afirmar que «Dios es amor», él define la naturaleza personal y relacional del Dios bíblico.

Una teología más espiritual debe ocuparse de la conversión de las emociones y no solamente de la conversión de las convicciones. Julio Gatta, escribiendo sobre el pensamiento de Walter Hilton, místico cristiano que vivió en Inglaterra en el siglo 14 y trabajó el tema de la conversión de las emociones, afirma:

...la totalidad del ser está envuelta en el proceso de unión con Cristo. Tanto nuestra mente como nuestros sentimientos precisan caminar en dirección a la conversión, la progresiva purificación y, finalmente, la transformación. La renovación intelectual, si no es más fácil, por lo

menos es un asunto relativamente más simple comparado con la redención de la afectividad. La emoción, especialmente emoción religiosa, es un fenómeno complejo. El fruto del Espíritu no puede ser igualado a un simple «sentirse bien»... Como en todos los otros aspectos de la naturaleza humana, la afectividad precisa ser interpretada, disciplinada y, finalmente, redimida.³

El racionalismo se preocupó por las convicciones. Hoy vemos que la fe tiene una complejidad emocional mayor de lo que imaginamos. C. S. Lewis ya decía que la fe está mucho más relacionada a las emociones que a la razón.

Una teología más espiritual debe también rescatar la figura del «santo» y del «sabio» al contrario de valorizar solamente al «teólogo» o al «PhD». El «santo» o el «sabio» que puede ser también llamado «padre» o «mentor» es alguien que, además de poseer el dominio de la ciencia, posee también la sabiduría que penetra los secretos del alma. San Agustín habla del «doble conocimiento»: el conocimiento de Dios y de nosotros mismos. Él escribe en sus Soliloquios: «Permíteme conocerte a ti, oh Dios y permíteme conocerme a mí mismo, esto es todo». Para Agustín, conocer a Dios implica conocernos a nosotros mismos. Una teología que nos lleva a conocer solamente a Dios y, cuyo conocimiento, no nos lleva de vuelta al discernimiento de nuestra propia alma, deja de ser revelación para ser solamente una ciencia. Jesús fue un Maestro que no solo exponía las Escrituras y revelaba la naturaleza del Padre, como también exponía el espíritu humano y revelaba los secretos más íntimos del corazón. Jesús era un santo, un sabio, un maestro, un mentor.

³ Gata, Julio. *Three spiritual directors*, Cowley Publications, 1986, pp. 37-47.

A partir de Cristo podemos preguntar: ¿Quién es el verdadero teólogo? Aquel que defendió una brillante tesis de doctorado, escribió el mejor libro, estudió en las mejores es-cuelas o aquél que, en Cristo, da sentido a la vida confusa y desestructurada de las personas?

Una teología más espiritual nos debe conducir a dar más valor a los acontecimientos simples y rutinarios y no sólo a los grandes y glamorosos. Eugene Peterson dice que tenemos una tendencia a ver la vida con la óptica del periodismo. Buscamos lo grande, valorizamos lo extraordinario, exaltamos lo glamoroso. Pero las páginas de los Evangelios y las mejores tradiciones cristianas nos enseñan que la gracia de Dios actúa en los acontecimientos simples y rutinarios del día a día. Precisamos de una teología que nos ayude a percibir y valorizar aquello que Dios está realizando en nosotros y no solamente aquello que hacemos para él. El salmista percibe el valor de las cosas pequeñas y simples al decir:

Señor, mi corazón no es orgulloso, ni son altivos mis ojos; no busco grandezas desmedidas, ni proezas que excedan a mis fuerzas. Todo lo contrario: he calmado y aquietado mis ansias. Soy como un niño recién amamantado en el regazo de su madre. ¡Mi alma es como un niño recién amamantado! (Sal 131).

Una teología más espiritual requiere también un lenguaje más espiritual y menos técnico. No me refiero a un lenguaje espiritualizado sino a un lenguaje que despierte los deseos del corazón, que invite a la intimidad. Gran parte de la Biblia trabaja con un lenguaje poético o narrativo. El apóstol Pablo procura siempre una forma personal de comunicar el evangelio. No se trata de reducir o simplificar.

Siempre luchamos contra la pereza intelectual, pero precisamos reco-nocer que hay otro lenguaje menos técnico, más íntimo, menos académico y más personal para comunicar el evangelio.

Una espiritualidad más teológica

Si por un lado necesitamos de una teología más espiritual, que se ocupe de todo el ser humano, integral, por otro lado, precisamos también de una espiritualidad más teológica que establezca límites, que defina los contornos y que dé la base. Reconocemos que hay una protesta del espíritu humano, una búsqueda por lo íntimo, por lo sagrado, por un significado que trascienda nuestras narrativas racionales, que penetre y toque el alma humana. Mientras tanto, reconocemos también que una espiritualidad esotérica, narcisista, centrado en el ser y no en el bienestar, más fundamentada en la psicología y la antropología moderna y no en la teología, tampoco alcanzará a llenar las lagunas del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Por una espiritualidad más teológica, reconocemos que necesitamos de:

Una espiritualidad trinitaria

La doctrina de la Trinidad es el fundamento para una espiritualidad cristiana y teológicamente bíblica. Ella nos revela a un Dios que nos invita a participar de la comunión que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo gozan desde toda eternidad. Al ser creados a imagen y semejanza de Dios, fuimos criados para la comunión trinitaria. En su «oración sacerdotal», Jesús dice:

Para que todos sean uno. Padre, así como tú estás en mí y yo en ti, permíte que ellos también estén en nosotros... (Jn 17.21).

La invitación de Jesús es para que la comunión que el Hijo y el Padre gozan sea también compartida por aquellos que fueron, en Cristo, reconciliados con Dios.

Es por medio de la doctrina de la Trinidad que entendemos la naturaleza de la persona. Nuestra identidad, a partir de la revelación de la Trinidad, es relacional y no funcional. No es lo que hacemos lo que define nuestra persona, sino lo que somos a partir de nuestras relaciones. Somos aquello que amamos. La Trinidad crea en nosotros el ser eclesial que nos hace comprender que la conversión es transformación del «yo» en un glorioso «nosotros».

La revelación de la doctrina de la Trinidad también nos ayuda a comprender el significado del conocimiento. Los padres de la antigua Capadocia decían:

El ser de Dios sólo puede ser conocido a través de relaciones personales y del amor personal. Ser significa vida y vida significa comunión.

No hay conocimiento posible del Hijo sin la participación del Padre, y no hay posibilidad de conocimiento del Padre sin la revelación del Hijo. Si no entendemos la comunión en el ser trinitario de Dios, no podemos conocer a Dios.

Fue de esa manera que el mundo antiguo oyó por primera vez que es la comunión que forma el ser, que nada existe sin ella, ni el mismo Dios.

John Zizioulas

Una espiritualidad cristocéntrica

El propósito de la espiritualidad cristiana es nuestro crecimiento en dirección a Cristo, ser conformados a la imagen de Jesucristo. No se trata de un ajuste sociológico o psicológico, de sentirse bien emocionalmente o socialmente, sino de un proceso de crecimiento y transformación. La espiritualidad de la cultura moderna por ser más individualista, y consecuentemente narcisista, ha cambiado el foco de la espiritualidad cristiana; en lugar de ser convertidos a Cristo, es Cristo que se ha convertido a nosotros. Perdemos el significado de la doctrina de la *Imago Dei*, la conciencia de que fuimos creados por Dios y para Dios y que solamente en él encontramos significado para nuestra humanidad corrompida. Para Pablo esto significa caminar en dirección a la perfecta humanidad⁴, a la medida de la estatura de Cristo. Encontramos en Cristo la expresión plena de nuestra humanidad. Convertirnos a él significa tener nuestros pensamientos y caminos transformados, nuestra humanidad res-aurada, nuestra dignidad redimida y vivir la nueva vida en Cristo. Pablo nos afirma que la verdadera vida se encuentra oculta en Cristo y, por esta razón, debemos buscar las cosas de arriba, pensar en las cosas de lo alto, donde Cristo vive. El fin de la espiritualidad cristiana está en una humanidad madura y completa en Cristo.

Una espiritualidad comunitaria

⁴ Nota del traductor: El autor usa la palabra *varonilidade*, que significa masculinidad.

Toda vez que la naturaleza de Dios es relacional, la naturaleza de la persona regenerada en Cristo es igualmente relacional. La conversión es la transformación del individuo en persona. El individuo es el ser encapsulado en sí mismo, que se realiza en auto-promoción, es narcisista, y concibe la libertad solo en términos de autonomía e independencia y reconoce como verdadero solo su realidad limitada. La persona es el ser en comunión, que se realiza en las relaciones de afecto y amistad, es altruista, concibe la libertad en términos de entrega, obediencia y amor de auto entrega y se abre para la revelación que se encuentra fuera de sí mismo.

Esta nueva persona en Cristo recibe al otro de la misma forma como es recibido por Cristo y, en esta nueva dinámica, la iglesia deja de ser un club religioso donde cada uno hace lo que quiere y como quiere y escoge sus amistades de acuerdo con sus intereses personales, para transformarse en una verdadera comunidad de hermanos y hermanas que se entregan unos a otros en una experiencia real de aceptación y comunión. Nuestras relaciones dejan de ser determinadas por las ideologías o proyectos comunes y pasan a ser construidas dentro de la esperanza escatológica.

Una espiritualidad centrada en la Palabra de Dios

Como ya vimos, el propósito de la espiritualidad cristiana es nuestro crecimiento en Cristo. Es el proceso en el cual somos transformados por la Palabra de Dios participando cada vez más de la vida en Cristo. El apóstol Pablo dice que, una vez que fuimos resucitados con Cristo, nuestra vida está oculta en Cristo. Por tanto, la vida espiritual no es un proceso de ajuste a los valores sociales dominantes sino un

camino que involucra crisis y transformación, donde la tensión entre la Palabra de Dios y el mundo estarán siempre presentes.

Esta tensión se da a través de dos movimientos: el primero, es la confrontación entre la Palabra de Dios y el orden social, moral y religioso dominantes. Sabemos que la lectura y la meditación de las Sagradas Escrituras nos consuela, edifica y conforta, pero también nos desafía, provoca y confronta. Esta confrontación exige un diálogo constante entre la Palabra de Dios y el mundo en que vivimos. Pablo escribe a los Romanos y ruega para que no se conformen al mundo sino transformados por la renovación de la mente. En otra ocasión, él habla de la necesidad de tener la «mente de Cristo» o sea, pensar con los mismos criterios, valores y principios que Cristo tenía.

Un segundo movimiento es la confrontación entre la Palabra de Dios y nuestro mundo interior. Todos nosotros traemos de nuestro pasado memorias e imágenes que turban nuestra comprensión de Dios y de nosotros mismos. Nuestros sentimientos negativos de abandono, miedo, soledad que forman en nosotros una auto-imagen también negativa de falta de adecuación y rechazo, que a su vez compromete nuestra imagen de Dios. Cargamos con nuestras heridas, resentimientos, envidias y celos que nos inducen a usar a Dios en lugar de ser usados por él, que provocan una relación confusa y manipuladora al revés de una entrega serena y confiada. Es preciso dejar que la Palabra de Dios ilumine nuestro mundo interior y sea transformado por Cristo, restaurar nuestra vida a la imagen de Dios y rescatar la imagen de Dios revelada en Cristo Jesús.

La Biblia como instrumento de transformación y crucifixión exige de nosotros una aproximación devocional. Reverencia y silencio son posturas básicas de quien desea ser consolado, confrontado y transformado. Es ella la que establece el diálogo entre nosotros y el mundo, tanto el mundo exterior como el interior, y nos transforma en Cristo.

Una espiritualidad misionera

La iglesia no tiene una misión que sea suya propia, ella participa en la *Missio Dei*, de la misma forma que Cristo afirma que no tiene una palabra, juicio o misión que sea suya sino que su comida y bebida consiste en hacer la voluntad del Padre y realizar su obra. Oración y misión precisan caminar juntas. Oramos para que nuestros caminos sean convertidos en caminos de Dios, para que nuestros pensamientos sean transformados, para que nuestros conceptos de justicia, derecho y verdad sean conformados a los de Dios. Frecuentemente confundimos nuestros conceptos con los de Dios, pensamos que tenemos una misión, que conocemos la naturaleza de la justicia y del derecho divino.

La tentación en el desierto fue una experiencia que definió la vocación y misión de Jesús. Su rechazo a los caminos propuestos por Satanás que, según Nouwen, señalan lo inmediato, lo mágico, lo popular, lo espectacular, para ser poderoso, próspero, presenta una nueva forma de ver la misión y realizar la obra de Dios. Jesús rechaza las alternativas que derivan del poder, para abrazar un proyecto que nace de la gracia y se encarna en el amor de Dios para con los seres humanos.

No hay cómo separar la espiritualidad de Jesús de su misión. En uno de los momentos más críticos de su vocación, Jesús dijo a Felipe y Andrés:

Ahora todo mi ser está angustiado, ¿y acaso voy a decir: Padre, sálvame de esta hora difícil? ¡Si precisamente para afrontarla he venido! (Jn 12.27).

La agenda de oración de Jesús fue determinada por su vocación y no por sus necesidades personales. Cualquiera, ante las angustias del alma, oraría para que fueran aliviadas, curadas y redimidas. Jesús, por el contrario, sabe para qué vino, reconoce que no es él quien determina las pautas de sus oraciones. Entonces ora y dice: «Padre, glorifica tu nombre». Era la gloria del Padre, el cumplimiento de su propósito, la misión que recibió de él, que determinó su oración. El objeto de oración de Jesús era su Padre, no él. Era la misión del Padre, no la suya.

Conclusión

El mundo, en el cambio de milenio, se tornó más espiritual, más abierto al misterio, más psicológico, íntimo, emocional. Antes, el tribunal que juzgaba las cuestiones humanas era el tribunal de la razón. Era preciso establecer la verdad por el argumento de la lógica. Se creía en aquello que era racionalmente demostrado. Hoy, el tribunal que juzga las cuestiones humanas es el tribunal de las emociones. La verdad es determinada más por el sentimiento que por la lógica de la razón. Hoy se cree en aquello que es emocionalmente compensador.

El culto que heredamos de los reformadores tiene como centro las Escrituras y su exposición cuidadosamente elaborada con la ayuda de herramientas exegéticas y hermenéuticas. El culto moderno transfirió su eje central, dejó de lado las Escrituras y la exposición y colocó en su lugar a la

alabanza, generalmente con música de letras poco consistentes y melodías que apelan a las emociones. Además de la música, tenemos también la ministración de sanidad interior, testimonios de prosperidad y exorcismos.

Los libros que más se venden son los que tratan de temas relacionados con la guerra espiritual, sanidad interior, conflicto en las relaciones. El interés por la teología, por la reflexión seria y multidisciplinaria, por el estudio cuidadoso de las Escrituras va perdiendo rápidamente su espacio y desafío para las nuevas generaciones.

Ciertamente, la nostalgia no nos ayudará a responder a las cuestiones que se colocan delante de nosotros. La respuesta no está en volver atrás, en redimir el pasado. Tenemos nuevas preguntas frente a nosotros, nuevas demandas pastorales y nuevos desafíos teológicos. Es preciso reconocer que por mucho tiempo redujimos al ser humano entero a un ser racional, que el divorcio de la teología sistemática con la teología espiritual nos condujo a una espiritualidad más cognoscitiva y menos afectiva y personal. Precisamos reconocer que el propósito de la teología no es el de darnos un título de *Ph D*, y transformar nuestro lenguaje más técnico y confuso, ni tampoco elevar nuestro ego y transformarnos en más narcisistas. El propósito de la teología es tornarnos sabios para la salvación, de dar sentido (emocional, psicológico, moral e intelectual) a la vida. El verdadero teólogo no es aquel que escribió el libro más voluminoso, la tesis más compleja, el discurso más erudito sino aquel que encontró el camino de la comunión con Dios, que aprendió a amar al Señor de todo corazón, alma y fuerza, que ama al prójimo como a sí mismo, que ora, que conoce a Dios y se conoce a sí mismo y que ayuda a otros a que encuentren el

sentido para sus vidas y se tornen sabios para la salvación en Cristo.